

Fernández, Víctor Manuel

*La pastoral específicamente popular y una
“misión” en las periferias. ¿Conciliación de
opuestos?*

Revista Vida Pastoral N° 272, 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *La pastoral específicamente popular y una “misión” en las periferias. ¿Conciliación de opuestos?* [en línea]. *Vida Pastoral*, 272 (2008). <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=320> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/pastoral-especificamente-popular-mision-periferias.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=320>

Pastoral popular

La pastoral específicamente popular y una "misión" en las periferias. ¿Conciliación de opuestos?

El autor nos comparte su reflexión sobre la fe popular en América Latina, entre la pastoral misionera y la pastoral popular, a la luz de la *Redemptoris missio* y su recepción en el Documento de Aparecida.

Autor: [Víctor Manuel Fernández](#)

Se nos convoca a una profunda renovación misionera que, tomando como paradigma la misión ad gentes, se concentra en el primer anuncio del amor de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado. Es el anuncio dirigido a los que no creen en Cristo, prescinden de él, o se han alejado de la fe cristiana. Pero esa opción misionera, en América latina, corre el riesgo de concentrarnos en sectores minoritarios y de alejarnos todavía más del pueblo creyente que no se inserta en nuestras estructuras parroquiales. Por eso se vuelve imperioso entender adecuadamente esta propuesta misionera de Aparecida en nuestro contexto latinoamericano.

Nueva convocatoria misionera

En el siglo pasado, el desencanto posmoderno, la caída de las utopías y un subjetivismo individualista y cómodo acentuaron el debilitamiento del ardor misionero, que quedó herido de muerte. Esto ayuda a percibir cuán oportuna fue la encíclica *Redemptoris missio*. La reflexión de Juan Pablo II invitó a reconocer que "es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio" a los que están alejados de Cristo, "porque esa es la tarea primordial de la Iglesia" (*Redemptoris missio* 34) y "la actividad misionera representa, también hoy día, el mayor desafío para la Iglesia" (*Redemptoris missio* 40). Nos guste o no, nos apasione o nos pase por el costado, "para el creyente en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, *la causa misionera debe ser la primera*" (*Redemptoris missio* 86). Tarea primordial, mayor desafío y primera causa, son expresiones demasiado contundentes como para permanecer indiferentes, y un sentido eclesial responsable nos exige, al menos, que nos preguntemos de qué manera concreta estamos dispuestos a responder a tal interpelación.

Juan Pablo II indicó que el contexto cultural actual, lleno de novedosos e impresionantes desafíos, no debería ser visto como una amenaza sino como una oportunidad de renovar un dinamismo misionero apagado y débil: "En la historia de la humanidad son numerosos los cambios periódicos que favorecen el dinamismo misionero. La Iglesia, guiada por el Espíritu, ha respondido siempre a ellos con generosidad y previsión" (*Redemptoris missio* 30). Por eso, "ha llegado el momento de dedicar *todas* las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión *ad gentes*" (*Redemptoris missio* 3). Advirtamos que no estamos hablando de "misión" en sentido amplio, confundiéndola con la pastoral ordinaria (de conservación), sino en un sentido estricto, orientada a los que no creen en Cristo o se han alejado de él.

Hay que pasar a la acción, porque se nos plantea la "urgencia" de la actividad misionera (*Redemptoris missio* 1). Podemos optar, como hicieron otros en épocas difíciles como la nuestra, por entregarnos con arrojo confiado en un anuncio lleno de fascinación, o elegir el diagnóstico inerte e ineficaz, el lamento cómodo y pusilánime, el apático y gris pragmatismo lleno de excusas egoístas. Aun para un sacerdote

diocesano, como para cualquier otro cristiano, y por el simple hecho de seguir siendo cristiano, las personas que viven al margen de Jesucristo, le desconocen, y no se reconocen miembros de la Iglesia Católica, son objeto de una peculiar preocupación evangelizadora: todos los sacerdotes deben estar abiertos *"sobre todo"* a los grupos no cristianos del propio ambiente" (*Pastore dabo vobis* 32b). "El Señor les confía no sólo el cuidado pastoral de la comunidad cristiana, sino también y *sobre todo* la evangelización de sus compatriotas que no forman parte de su grey" (*Redemptoris missio* 67). Por cierto, esto no exige una misión "ad extra", en otros países y continentes, ya que los alejados de Cristo están también cerca de nosotros: "No pueden ser misioneros de otros países o continentes, si antes no se preocupan seriamente de los no cristianos en su propia casa. La misión *ad intra* es signo creíble de la misión ad extra" (*Redemptoris missio* 34).

Pero hubo que esperar hasta Aparecida para que el desafío misionero lanzado por Juan Pablo II y renovado por Benedicto XVI fuera debidamente acogido en América Latina. El Documento de Aparecida es la recepción decidida de *Redemptoris missio* en América Latina. Así lo muestran párrafos como el siguiente: "Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe. La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida." (*Aparecida* 365-366).

Aparecida insiste en que "no podemos quedarnos en espera pasiva en nuestros templos" (*Aparecida* 548) y en la necesidad de pasar "de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera" (*Aparecida* 370). Pero busca razones profundas indicando que, para ser fiel a su naturaleza íntima, la apertura fraterna debe configurarse como comunión *misionera*: "El impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos" (*Aparecida* 348). Invita también a reconocer que la realización de los propios deseos de felicidad supone asumir la propia existencia no sólo como coexistencia sino como una misión, como un envío de Dios para que comuniquemos vida a los demás: "La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás [...] Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión." (*Aparecida* 360).

Desde este planteo, la preocupación misionera puede concebirse como una estructura interna que marca íntimamente la realidad humana y que condiciona el desarrollo de una vida en plenitud. Por eso "la misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación" (*Aparecida* 278). Esto que vale para la existencia personal de cada uno, se aplica igualmente para cualquier comunidad. Por eso, "necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo" (*Aparecida* 362). En definitiva, frente al aislamiento fragmentario, "se trata de *salir de nuestra conciencia aislada* y de lanzarnos, con valentía y confianza a la misión" (*Aparecida* 363).

La propuesta misionera de *Redemptoris Missio* recogida en Aparecida, pone un fuerte acento en el anuncio kerygmático, que se dirige particularmente a quienes "no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio" (*Redemptoris missio* 33).

¿Misionar a los pobres?

Pero si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, ¿a quiénes habrá que llegar ante todo? Cuando uno lee Lc 14,12-14, se encuentra con una orientación: No tanto a

tus amigos y vecinos ricos, sino sobre todo a los pobres y enfermos. A la hora de precisar quiénes son esos pobres, el v. 14 lo explicita: son "aquellos que no tienen con qué recompensarte". En Lc 7,22 se culmina la descripción de la misión de Jesús diciendo: "la Buena Noticia es anunciada a los pobres". Cuando Benedicto XVI estuvo en Brasil para inaugurar la Quinta Conferencia, su propuesta misionera consistía en llegar con todas las fuerzas eclesiales "sobre todo entre las casas de las periferias urbanas y del interior", porque "el pueblo pobre de las periferias urbanas o del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia [...] Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio." (citado textualmente en *Aparecida* 550). Esta actitud misionera no responde a una estrategia de conquista sino a una fidelidad al dinamismo expansivo que viene de Jesucristo y que siempre tiende a prolongarse en la historia, convirtiéndose en cercanía: "No se trata sólo de estrategias para lograr éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra" (*Aparecida* 372).

¿Cómo se pueden conciliar una pastoral popular correctamente entendida, que parte de una valoración profunda de la fe de los sectores populares, y una misión que se dirige a los sectores populares con un anuncio kerygmático?

En el Documento de *Aparecida* encontramos una valoración de la piedad popular más positiva que en cualquier otro documento del magisterio universal e incluso latinoamericano. No contiene las advertencias y reparos que aparecían incluso en *Puebla*. Sólo indica los límites de la piedad popular invitando a promover su crecimiento en una mayor inserción eclesial de los fieles que se realice particularmente en la participación frecuente en la Eucaristía dominical, y también "un contacto más directo con la Biblia" (*Aparecida* 262). Esta invitación no tiene un sentido dialéctico, sino que propone un crecimiento a partir de la riqueza peculiar que identifica a la misma piedad popular. Por eso hay que evitar el error frecuente de equiparar la predicación en estos sectores populares con la predicación en lugares no cristianos. La experiencia sacramental de los misterios cristianos, tan pobre en la experiencia de gracia que puede vivir un no cristiano, es lo que está presente de un modo abrumador en la piedad popular. Allí no podemos decir, como afirmamos de las religiones, que puede estar presente la acción invisible de la gracia pero que falta su manifestación y realización externa, sensible, explícita. Al contrario, si algo se destaca en la piedad popular es la manifestación sensible y sacramental de una fe expresamente católica. Es "una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera" (*Aparecida* 263). Caminar de rodillas hacia el Crucificado y besar una cruz con lágrimas en los ojos no es implícitamente cristiano, sino explícitamente católico. En la mirada amorosa y confiada a una imagen de la Virgen no hay un cristianismo implícito, sino explícitamente católico, porque en esa imagen se lee el Evangelio. Es más, cuando la mayoría de los pobladores de nuestros países llevan a sus hijos a bautizar, están manifestando su clara inserción en la Iglesia Católica y el reconocimiento creyente de los medios sacramentales de salvación presentes en ella. La piedad popular "es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda" (*Aparecida* 264). Su fuerza sacramental es tan intensa que ha llegado a trasfigurar la cultura de nuestros pueblos, cosa que evidentemente no sucede en las poblaciones no cristianas. La piedad popular es un cristianismo "profundamente inculturado, que contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana" (*Aparecida* 258). Entonces, la evangelización de la piedad popular sólo procura un desarrollo de algo que ya es propia y explícitamente cristiano según su modo cultural propio. La misión

dirigida a las multitudes que viven su fe católica según el modo propio de la piedad popular, no se orienta entonces a explicitar mejor una acción invisible de la gracia, sino a llevar a plenitud una "manera legítima de vivir la fe" (*Aparecida* 264) específica y expresamente cristiana y católica. *Aparecida* llega a hablar de una verdadera "mística" popular (*Aparecida* 262), una "expresión de sabiduría sobrenatural" y verdadera "espiritualidad cristiana" (*Aparecida* 263). Sin embargo, invita a llevar esa piedad a una experiencia más plena todavía. Reconozcamos que esa plenitud debería resultarnos imperiosa si tenemos un corazón realmente misionero, ya que se trata nada menos que de propiciar la participación en la celebración comunitaria de la Eucaristía desarrollando así una más plena inserción eclesial. Nadie puede negar que, si la acción secreta de la gracia en un pagano reclama la plenitud eucarística, con mayor razón hay que decirlo de fieles católicos que viven su fe con profunda devoción. Sin pretender culparlos a ellos de semejante contradicción, la actividad evangelizadora de la Iglesia debería ocuparse de eliminar los condicionamientos de todo tipo que impiden que la vida de la gracia presente y manifiesta en millones de fieles católicos pueda lograr esa plenitud eucarística a la que tiende por su propia naturaleza, como las copas de los árboles buscan incesantemente la luz del sol y como las raíces reclaman sedientas la humedad de la tierra profunda. Si es propio de la Iglesia Católica poseer y ofrecer una "plenitud" de medios de salvación, por lo cual a ella se orienta la vida de la gracia presente en los no cristianos, entonces se vuelve evidente que a esa plenitud son invitados particularmente quienes se reconocen católicos.

Con respecto a la Biblia podríamos decir algo semejante. Sin embargo, conviene hacer una salvedad, ya que la Palabra revelada llega a los fieles católicos de diversas maneras, y no exclusivamente a través del texto impreso en papel. El pueblo ha encontrado y lee también hoy el mensaje de la Biblia en las imágenes, los pesebres, las pinturas, las canciones, y en tantos espacios y expresiones que dicen el contenido revelado con otro lenguaje. No está determinado que esa luz de la Revelación deba llegar sólo por el contacto de los ojos con un papel escrito. De hecho durante siglos, en lugares donde la mayoría de la población no sabía leer, el Evangelio llegó a ellos por esos caminos más "sacramentales". De todos modos, cuando *Aparecida* propone procurar que la piedad popular se enriquezca en "un mayor contacto con la Biblia", quiere ofrecer al pueblo el gozo y la fecundidad que hoy encuentran cada vez más cristianos en la lectura orante y comunitaria de la Biblia. Este contacto más cercano sin dudas es una riqueza deseable para todos, en orden a la maduración y el crecimiento de la fe y de la vida cristiana.

El problema es que nada de esto entra dentro de la concepción estricta de "misión" que propone *Redemptoris missio*, a la cual nos convoca imperiosamente a todos. Esta cercanía pastoral a los sectores populares creyentes estrictamente no forma parte del ámbito de la misión ad gentes ni tampoco de la llamada "nueva evangelización". Pero tampoco podemos aplicar tan claramente a esta multitud de fieles lo que la *Redemptoris missio* llama "pastoral ordinaria", puesto que no se trata de los servicios que ordinariamente se brindan a los fieles que asisten con frecuencia a los centros católicos: confesión, acompañamiento espiritual, charlas, cursos de formación, predicación dominical, etcétera. La actividad misionera dirigida a los fieles de la piedad popular, que procura el crecimiento de su fe católica, toma otra forma completamente diferente que suele llamarse "pastoral popular", y que tiene algunas características que la asemejan a la actividad misionera en un sentido más propio: ir a dónde ellos viven, hacer un peculiar esfuerzo de adaptación a su modo cultural, etcétera. Es decir, el movimiento de "salir de las estructuras pastorales ordinarias para llegar a las periferias pobres" se parece a la misión "ad gentes" en cuanto *al modo*, pero no en *su finalidad*: No se trata de procurar una conversión a Jesucristo sino de acompañar, alentar y promover una fe católica viva, de manera que pueda seguir desarrollándose y consolidándose en el seno de la Iglesia Católica.

Hay que decir con toda claridad que la falta de atención, y a veces el desprecio de la piedad popular, no hacen más que propiciar que siga creciendo cada vez más ese sector que ya no se reconoce católico, sea para engrosar otras confesiones cristianas o, lo que es en realidad mucho más preocupante, para integrar el sector que más crece: el de los indiferentes y renegados. Salta a la vista, y no hay manera de negarlo, que la fe popular hoy no se retroalimenta de modo mágico e infalible. En América Latina hay países de mayoría católica donde hoy quienes se reconocen católicos son menos del 50%. Si es admirable que en países como Brasil la fe católica se haya transmitido de modo espontáneo durante cinco siglos, en lugares donde sólo aparecía un sacerdote cada cincuenta años o más, hoy está sucediendo que esa transmisión de la fe experimenta importantes condicionamientos, y ya hay más de un 35% que reniega del Catolicismo. Eso obliga a reconocer que la fe católica no se transmite de un modo "mágico". Por eso el Documento de Aparecida reconoce con realismo que "nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra *con la misma fluidez que en el pasado*. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales" (*Aparecida* 39). Hay que reaccionar a tiempo ante esta novedad, porque "muchas veces, los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural. Los cambios culturales dificultan la transmisión de la fe por parte de la familia y de la sociedad." (*Aparecida* 100d). Eso significa que, en un contexto donde el peso de los medios de comunicación como formadores de cultura es enorme, y donde el estilo de vida no facilita como en otras épocas la transmisión de la fe, la fe popular necesita un acompañamiento más cercano. Sería ingenuo y suicida ignorar estos cambios del sujeto social y las nuevas necesidades de las personas, que si no encuentran lo que buscan en estructuras católicas lo buscarán en otra parte.

La modalidad propia de la "pastoral popular"

Un especialista en el tema, el padre Rafael Tello, me invitaba a establecer una distinción adecuada para respetar la modalidad propia de la "pastoral popular". No es la tarea organizativa, donde la Iglesia se despliega con los recursos modernos, con todo su instrumental orientado a la formación de los fieles. A través de esta línea, valiosa, se llega sólo a un sector muy reducido de la población; sólo a un 5 % si incluimos aquí a todos los que asisten frecuentemente a la Misa dominical. Con la intención de no llegar únicamente a un pequeño grupo, sino a la mayoría, hay una segunda línea que consiste en brindar vías de expresión al catolicismo popular. Se trata aquí de la institución eclesial que, desde sus estructuras, llega al pueblo ofreciéndole espiritualidad, formas de culto, cercanía fraterna, una ayuda material, etcétera. Aquí se incluyen, por ejemplo, los actos masivos festivos, la organización de peregrinaciones, las misioneras parroquiales que llegan a todos los hogares, aunque siempre desde la iniciativa de las estructuras eclesiásticas.

Pero hay una tercera línea, poco desarrollada, que es la que más propiamente puede llamarse "pastoral popular", y que no debe confundirse con la anterior, aunque también brinda vías de expresión al masivo catolicismo popular. La clave para distinguirla está en precisar quién es el sujeto que evangeliza, y si el pueblo se presenta sólo como receptor que acoge o también como sujeto creativo. En concreto, se trata de "preparar *los cuadros del mismo pueblo* para animar y fortalecer la evangelización activa del pueblo" (R. TELLO, *Nueva Evangelización*, inédito, 62-63). La pastoral popular trabaja desde un "cuadro popular, formado por gente del pueblo que, aun siendo católica, no actúa como miembro de la Iglesia institucional. Estos pueden actuar para lograr un objetivo puramente temporal (con un espíritu cristiano) o para un fin religioso (llevar la Virgen, organizar una fiesta religiosa) sin que por ello dejen

de ser cuadro popular" (TELLO, *Nueva Evangelización*, 47). Se trata entonces de aceptar y promover el surgimiento de líderes populares como agentes evangelizadores, respetando la modalidad propia y las necesidades específicas de los sectores populares.

Si no se asume la decisión de acompañar la piedad popular en esa forma específica de evangelización que llamamos "pastoral popular", seguiremos favoreciendo que se debilite la fe de multitudes de pobres o que sigan abandonando la Iglesia Católica: "Conscientes de nuestra responsabilidad por los bautizados que han dejado esa gracia de participación en el misterio pascual y de incorporación en el Cuerpo de Cristo bajo una capa *de indiferencia y olvido*, se necesita cuidar el tesoro de la *religiosidad popular* de nuestros pueblos, para que resplandezca cada vez más en ella 'la perla preciosa' que es Jesucristo, y sea siempre *nuevamente* evangelizada" (*Aparecida* 549).

Proponer que sea "nuevamente evangelizada" no significa menosprecio alguno, ya que lo mismo hay que decir de la fe del Papa y de los obispos. Por eso, en *Aparecida*, los obispos reconocen para ellos mismos que el kerygma es "lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar" (*Aparecida* 348). No se le llama "primer" anuncio en sentido cronológico, como si por primera vez fuera anunciado a un obispo o a un creyente popular, como si la gente nunca lo hubiera recibido ya en su vida. Se le llama "primero" en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, que no debe opacarse en la maraña de una multitud de doctrina y normas. Cualquier actividad evangelizadora, incluyendo la pastoral popular, requiere que ese anuncio vivificador esté siempre presente de diversas maneras: "El encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana [...] debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del *kerygma* y la acción misionera de la comunidad. El *kerygma* no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo. Sin el *kerygma*, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad, sin corazones verdaderamente convertidos al Señor. Sólo desde el *kerygma* se da la posibilidad de una iniciación cristiana verdadera. Por eso, la Iglesia ha de tenerlo presente en todas sus acciones." (*Aparecida* 278a).

Pero para la pastoral popular, los sectores populares son también "agentes" de esta actividad misionera. *Aparecida* dice que la piedad popular es "una forma de ser misioneros" (*Aparecida* 264), que trasmite la fe con las notas, el estilo y la modalidad propia de la cultura popular fecundada por el Evangelio. Para aceptar esto hay que renunciar a esa idea elitista que supone que para ser misioneros se requiere una delicada y prolongada formación que impida tergiversar la fe de la Iglesia. El Documento de *Aparecida* acoge aquella firme afirmación de Benedicto XVI en su Discurso inaugural cuando dijo que "discipulado y misión son como dos caras de una misma medalla" (*Aparecida* 146). Entonces, la misión "no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona" (*Aparecida* 278). No se niega que algunas tareas evangelizadoras puedan requerir períodos extensos de formación, pero hay que sostener siempre que todos, sin excepción, están inmediatamente llamados a anunciar a Jesucristo, desde el mismo momento de su conversión. Apenas Jesús cura al hombre poseído por un espíritu impuro, lo envía a anunciar (ver Mc 5, 19), por lo cual el hombre "comenzó a proclamar por toda la región lo que Jesús había hecho por él" (Mc 5, 20). Inmediatamente después de su conversión "Saulo permaneció algunos días con los discípulos que vivían en Damasco y luego comenzó a predicar" (Hch 9, 19-20). Para anunciar el *kerygma* no hace falta más que estar convencidos de ese anuncio. Sólo un agente popular, puede anunciarlo de la manera adecuada a su gente, con las palabras adecuadas, y en el momento más adecuado.

Nueva inculturación en los sectores populares

Todo esto no excluye la necesidad de direccionar la actividad misionera en los sectores

populares en la forma que llamamos "reevangelización" o "nueva evangelización", puesto que en los ámbitos populares también hay sectores, especialmente en las grandes ciudades, que ya no viven de modo explícito la fe católica, que están cada vez más lejos de alguna inserción eclesial, y, sobre todo, que ya no se reconocen como cristianos. Estos sectores son minoritarios, pero están creciendo cada vez más, y reclaman de modo imperioso una nueva actividad misionera, un nuevo anuncio explícito de Jesucristo. No cabe aplicar esta noción de "reevangelización" sólo a los países europeos. Juan Pablo II la utilizó por primera vez en 1979 en Puerto Príncipe (Haití) en su alocución a los obispos de América Latina.

Es precisamente el renovado anuncio en esos nuevos contextos alejados lo que puede brindar una novedosa riqueza a la Iglesia, un rostro nuevo y atractivo que viene del mismo fondo inagotable del Evangelio. Porque cuando su anuncio es acogido en una nueva situación "la misma Iglesia universal se enriquece con expresiones y valores en los diferentes sectores de la vida cristiana [...], conoce y expresa aún mejor el misterio de Cristo, a la vez que es alentada a una continua renovación" (*Redemptoris missio* 52). Lo que ocurre es que, "además de su valor antropológico implícito, todo encuentro con una persona o con una cultura concreta puede desvelar potencialidades del Evangelio poco explicitadas precedentemente" (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 03/12/2007, 6). Pero en definitiva la Iglesia se enriquece y renueva porque al llevar el anuncio a quienes no lo habían recibido, ella acoge en su seno la belleza y los bienes que hay en ellos. Este aspecto de la inculturación es una "encarnación del Evangelio" en las culturas, y "a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia" (*Slavorum apostoli* 21). El anuncio a los alejados podrá provocar el surgimiento de formas nuevas de la piedad popular, que siempre nos exigirán salir de nuestros esquemas rígidos y de nuestro propio modo de concebir esa piedad.

Podemos concluir diciendo que la convocatoria misionera de Aparecida, que traduce al contexto latinoamericano la propuesta de *Redemptoris Missio*, toma la forma de una "salida hacia las periferias", en una opción por dedicar a los barrios pobres lo mejor de nuestro tiempo, nuestras mejores fuerzas y todos los recursos posibles. Esa salida asume fundamentalmente un estilo de cercanía, apoyo y aliento a la pastoral popular, que potencia el dinamismo misionero ya presente en la piedad popular y en los sectores populares. Pero no excluye el anuncio a las familias o personas alejadas de Jesucristo, o que se están alejando de la Iglesia, que tampoco faltan en los barrios populares. A todos procurará llevarlos a un crecimiento: tanto en el encuentro personal y comunitario con el texto del Evangelio, como en la celebración eucarística que alienta la maduración de comunidades vivas. Esto se realiza en concreto llegando a los hogares de los pobres, de tal manera que nos hagamos amigos, ya que "sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres." (*Aparecida* 398). De este modo se evita entender la convocatoria misionera de una forma "elitista", que concentraría todas las fuerzas eclesiales en los sectores minoritarios alejados, pero a su vez se acompaña cariñosamente la piedad de los fieles, sin dejar de aprender de ella, hacia un crecimiento que no deje lugar al abandono de la Iglesia en sus nuevas búsquedas espirituales.